

Se me vino el mundo encima en el instante en que abrí la puerta de la habitación de mi padre. El ruido de los motores del avión arrancando me saca de la ensoñación pasada. Hace mucho que he dejado atrás esos recuerdos y hecho las paces conmigo misma. Inconscientemente acaricio mi hombro izquierdo, termino de acomodarme en el asiento y me pongo los auriculares. Confío en que la lista de reproducción no me traslade de nuevo al final de la adolescencia, igual que en su momento me salvó de ella. La vida tranquila en la ciudad, en un estudio donde puedo dedicarme a dibujar por encargo, me ayuda a olvidar las callejuelas del pueblo que me vio crecer. La última vez que lo visité fue hace más de cinco años, para celebrar unas navidades que nada tuvieron de familiares, pero que me permitieron recoger todos los antiguos recuerdos. Ya no queda nada allí por lo que volver, me repito cuando mi mente intenta acceder de nuevo a las puertas del instituto. Sacando del estuche un carboncillo ya gastado, abro la libreta para dibujar sobre la diminuta bandeja del asiento. No es el espacio ideal ni las turbulencias ayudan a la precisión de los trazos, pero solo necesito sacar de mi cabeza esa imagen para que no vuelva a perturbarme.

El viaje es lo suficientemente largo como para permitirme leer de nuevo el dossier del proyecto en el que me he embarcado. Nunca antes había aceptado viajar para dibujar un cortometraje o trabajar con un equipo, pero la historia llamó mi atención desde la bandeja de entrada. Fue el director el que quiso contratar mi arte a través de un guion poco concreto y una banda sonora llena de magia. Lo segundo fue lo que me llevó a tomar la imprudente decisión, entre los acordes hay algo que me hace sentir en casa, algo que no logro descifrar y que impulsa mis manos a dibujar en cuadernos que ya creía abandonados. Los dispositivos digitales que necesito van debidamente protegidos en la bodega del avión, resguardados por capas de ropa sobre la que los he envuelto. Las herramientas rudimentarias me acompañan en cabina junto a los auriculares. La música instrumental, aún sin letra, invita a cualquiera a imaginar el escenario al que el director quiere trasladarnos. Un bosque salvaje, en mitad de la nada, donde los animales aún se rigen por las leyes de la naturaleza. Mi madre adoraba recorrer el parque natural que rodea nuestro pequeño pueblo, y yo a su lado escalaba árboles y saltaba raíces en busca de pequeños roedores o coloridas setas. Esas aventuras llegaron a su fin cuando la enfermedad acabó con ella, cuando mi padre borró todos sus recuerdos para vivir en la anodina rutina rural. Los acordes del primer pasaje del corto me llevan hasta esa infancia feliz, aunque la historia solo quiera presentarnos la flora y fauna del lugar. El diseño del paisaje que mejor se ajusta ya lo han elegido, pero sigo indecisa con su composición, garabateando copas de árboles y paletas de colores sobre el boceto inicial en mi libreta.

La única puerta que recuerdo abrir con entusiasmo en esa época estaba atrapada entre los mismos robles que ahora contemplo. El chirriar de las bisagras me asustó la primera vez, cuando simplemente me dejé caer exhausta sobre el lateral de una caravana que creía abandonada. Un chico abrió sujetando un bate, pensando que quizá se tratase de un animal salvaje buscando refugio en la noche. En su lugar, acabó conmigo envuelta en una manta en su sofá, incapaz de articular palabra durante horas. Respiro como si el olor a chocolate caliente envolviese la cabina del avión y recuerdo el punteo de una guitarra que sustituyó las preguntas de mi anfitrión, al poco rato de no recibir respuesta. Los rayos del amanecer se filtraron por la cortina con tonos rojizos que trato de imitar entre las hojas del follaje dibujado. Con la tableta sería más fácil, pero yo misma he querido regresar a los lápices de colores en este vuelo. Si no hubiese vuelto al pueblo posiblemente no tendría la caja conmigo, por lo que me pareció apropiado llevarla de viaje. El padre del chico me la regaló, de su parte, mientras recorría todos esos hitos del pasado por última vez. Si alguno de los dos hubiésemos sabido cómo encontrarle, nos habríamos embarcado juntos en esa travesía, para darle las gracias. Yo ya se las dí tantas veces como él a mí, antes de que los estudios nos separasen del todo, pues el año de instituto que aún nos quedaba por completar al conocernos fue para ambos el mejor. No por lo que aprendimos en clase, sino por lo que descubrimos en las tardes en compañía. Estoy segura de que pasé más noches en ese viejo sofá que en mi propia casa, donde mi padre lamentaba o celebraba mi marcha según su nivel de alcohol en sangre. A pesar de ello, mi nariz se arruga ante el mínimo olor etílico, aunque este venga de un vaso de cartón que cruza mi espacio de trabajo en dirección al asiento de al lado. Gracias a que las turbulencias llevan ya un rato desaparecidas no tengo que preocuparme por que se derrame ninguna gota sobre el dibujo. Aprovecho para estirar las piernas en dirección al baño, escuchando la queja sutil de mi estómago por la falta de alimento.

Se nota que estoy demasiado acostumbrada a la soledad, me culpo por encontrar a una niña usando los colores para pintar sobre el boceto al regresar. Probablemente sus padres están durmiendo, como la mitad del avión. Sonríe, se asusta y sale corriendo, todo a la vez cuando me detengo a su lado. No me molesta que haya añadido tonos violetas y lo que parece un unicornio en el diseño, pero quizá mi cara refleja mayor enfado por el hambre de lo que realmente siento. Intercambio todos los utensilios de la bandeja por la comida envasada del aeropuerto y devuelvo la mochila a la parte inferior del asiento. Los cascos me han acompañado todo el camino, convirtiendo en un pasaje más oscuro la melodía del héroe que lucha contra las sombras del bosque. El crujir de las patatas fritas oculta mis pensamientos de esas noches del pasado,

donde la vida no parecía tener sentido y el futuro se presentaba ante mí como un precipicio sin fondo. Tuvo que ser una aguja la que me salvase de esa caída, trazando con tinta en mi piel el amor que no queríamos olvidar. Ese verano en el que nos despedimos, mi alma gemela necesitaba también un recordatorio de lo que podía ser la felicidad y compartimos el tatuaje que lo simboliza. Ya tengo interiorizado el movimiento de acariciar mi hombro izquierdo cuando algo me preocupa, como si el tacto rugoso de la piel fuese más útil que la terapia a la que llevo años acudiendo. A veces creo que así es.

Paso la página en la libreta para comprobar que los garabatos se han extendido por los siguientes lienzos. Revisando la hora, me cercioro de que aún queda mucho tiempo de vuelo que llenar, así que decido dar vida a esos círculos y líneas sin sentido. Ese gran comienzo como artista por el que pasamos todos trae a mi memoria el proceso creativo que siempre sigo con mis creaciones, impregnándolas con la emoción que me transmiten. Todos dejamos una parte de nosotros mismos en el trabajo, pero en mi caso es todavía más personal, más necesario, pues lo que dejo salir a veces no vuelve y me permite recobrar la tranquilidad que con tanta fragilidad pierdo. Uniendo los trazos de la niña me encuentro haciendo dibujos geométricos, el inicio de mi carrera y futuro, cuando todo estaba perdido. Siempre que me abstraigo esbozo la cara de una mamá osa con triángulos, que protege en su sombra a dos pequeños oseznos. Como si pudiese visualizar mi omóplato, la familia confluye en los colores del bosque que traspasan la página. Utilizo el color negro para enfatizar sus ojos, protectores más que amenazantes, que no temen la presencia humana en su terreno y simplemente la ignoran. Tuvimos la suerte de sobrevivir a un encuentro parecido en la primavera que pasamos entre la caravana y el bosque. Nos adentramos demasiado en la reserva natural en busca de nuevos colores y sonidos, para confluir en el río con una familia de verdad. Cuán diferentes habrían sido nuestras vidas de contar con el cariño de una madre, fue lo que nos preguntamos al correr exhaustos al cobijo de la caravana. Mientras con tonalidad menor él compuso sus emociones, yo dibujé las mías en un cuaderno que más tarde quemaría.

Estoy aprendiendo a dejar atrás el pasado, junto a muchas otras cosas. Por eso me pellizco para regresar al presente, detener mi mano y tomar una nueva hoja con la que seguir trabajando en el encargo. La melodía ha llegado a ese interludio, que da al espectador tiempo de asimilar el conflicto antes de alcanzar la conclusión. Es la primera vez que lo escucho, y cuando aterrice tendrán el final listo, así que me sumerjo en la historia con los ojos cerrados, para ayudarme a imaginar el escenario. Mis dedos impulsan el lápiz para trazar algunas líneas. Se detienen y pongo esta última pista en bucle, atrapando la

inspiración en el papel. Quiero diluir las figuras como un recuerdo difuso, que cualquiera desearía no haber vivido. Aunque los detalles no estén ahí, los movimientos dirigen la atención hacia un cielo estrellado, a unas huellas sin rumbo, nublado por las lágrimas de unos ojos que quieren borrar la realidad. En mi caso fue el ardiente sol de verano lo que encontraron, y con motas blancas en los párpados cerrados y las mejillas empapadas, asumí que siempre llevaría conmigo ese momento en el que vi tras la puerta del cuarto de mis padres a mi mejor amiga consolando a mi padre. No perdí la humanidad por el azar del camino y las nuevas personas que en él descubrí. Quizá por eso he acabado llorando en silencio en el asiento de un avión que sobrevuela las estrellas, hacia un futuro incierto repleto de retos. Ya hice las paces con esa pesadilla y lo único que lamento es haber perdido a la persona que consiguió destruirla. Mientras yo dibujaba en el suelo de su caravana, él componía desde el sofá. A veces, compartimos el proceso creativo, otras las horas se sucedían sin ser conscientes de la presencia del otro. Detengo el escenario antes de que se plasme en el papel, no quiero contaminar con mis recuerdos la historia de otro.

Aún le quedan varias horas al vuelo y se me han acabado las páginas del cuaderno. Hace tanto tiempo que no esbozo seriamente en él, que había olvidado las cajas llenas de libretas que guardo en el armario. Seguro que al equipo le gustará ver el boceto, sonrío por el trabajo bien hecho. Nunca antes me habían solicitado para un encargo supervisar todo el proceso, pero para mi sorpresa acabó mejorando el trabajo de las primeras escenas mucho más de lo que yo misma esperaba. Ya siento el proyecto como mío, cuando soy una parte minúscula de todo el proceso y la última en llegar. Antes de continuar con el discurso depresivo en mi cabeza, cierro los ojos para intentar dormir de verdad mientras las luces de cabina se encienden. La voz del capitán informa de que pronto repartirán el desayuno a los pasajeros. Los caramelos del bolsillo de la chaqueta me tientan a seguir activa, como debería para sobrevivir al cambio de hora. Da lo mismo, ya es demasiado tarde para que mi mano los alcance cuando escucho la última nota de la melodía y me pierdo en sueños.

El remolino de procedimientos para el aterrizaje me despiertan, con la sensación de que no ha pasado ni un segundo. Los cascos se han caído sobre mi regazo y la libreta abierta por el dibujo de la niña tiene una disculpa escrita con letra temblorosa. Lo guardo todo y me preparo para afrontar lo desconocido una vez más. Siempre me ha parecido curioso lo poco que cambia una ciudad de otra, paisajísticamente hablando al menos. Medito en el taxi que me lleva hacia la casa del equipo de producción, por la autopista que rodea la capital. Para acabar el proyecto sin distracciones decidieron alquilar una casa

rural, perdida entre la naturaleza de su tierra natal. Según puedo ver en la pantalla del conductor no es un viaje largo, pero tampoco puedo dedicarlo a dibujar o corro el riesgo de vomitar las patatas del vuelo. Espero que, tras la siguiente curva, el verde asome y pueda atrapar todavía mejor la esencia que el director explica con tanto detalle. Tengo el disco duro del ordenador repleto de imágenes y descripciones que me han ido compartiendo, así como mis propios diseños con las modificaciones anotadas. No me gusta deshacerme de nada hasta que ya está terminado el trabajo. Por eso voy con la cámara del móvil en la mano, pendiente de hacer fotos a cualquier referencia que me pueda servir, evitando el reflejo del cristal de la ventanilla. A pesar de estar ya cerca el verano, el viento casi me ha arrastrado al cruzar las puertas del aeropuerto y no quiero llegar tampoco con el pelo muy desordenado. Nunca me han preocupado excesivamente las apariencias, menos cuando hemos mantenido reuniones por videollamada en pijama por ambas partes, pero hay ciertos límites sociales que solo crucé con una persona. Entre las cuatro paredes metálicas de la caravana el calor podía pegarse al cuerpo hasta fusionar la ropa con tu piel, y así pasamos a escribir y tocar en bañador, o componer cubiertos en edredones para evitar el frío invernal que traspasaba cualquier rendija. La primera vez que me vi tendiendo ropa interior en el claro de la caravana, me di cuenta de que pasaba más tiempo en el bosque que en la que debía ser mi casa. Supongo que por aquel entonces mucha gente en el instituto comentaría sobre nuestra relación, pero estuve igual de ausente que con mis deberes familiares, y nadie me lo reprocho.

Me adelanto al taxista para sacar la maleta, evitando que las pantallas puedan sufrir algún daño. Ya lo he comprobado al recogerla de la cinta en el aeropuerto, porque no podría asumir las pérdidas de una rotura. Esperaba algún recibimiento en la entrada al llegar y me encuentro llamando a la puerta. No se escucha ruido dentro, pero estoy segura de estar en el lugar adecuado. Pruebo a empujar la madera de roble y para mi sorpresa cede hacia dentro. Es un lugar muy acogedor, con bastante desorden general en la cocina que hay a la izquierda y las mesas de la derecha. Puedo intuir que es la zona de descanso, porque bajo unas escaleras hay una estancia todavía más amplia, con una mesa tan grande como mi propia habitación, en la que se encuentran montados varios puestos de trabajo improvisados. Al fondo, a través de la ventana, puedo ver un lago y una pequeña fogata con personas a su alrededor. No había procesado que aquí ya es la hora de cenar. Dejo todas las cosas pegadas en una pared, donde asumo que no molestan y busco el baño para asearme antes de la presentación. Respirar aire puro es una sensación nueva en mis pulmones, que agradezco después de tantos meses en la ciudad. Incluso dentro de la cabaña se percibe la humedad de la madera. Fuera, el olor

del lago junto a la ceniza que arrastra el viento, me recuerda a una tarde juvenil, en la que intentamos derretir malvaviscos y acabamos apagando un pequeño fuego. Una figura se aproxima corriendo hacia mí, alzando la mano al tiempo que grita mi nombre. Mientras descendemos lo que queda de colina hasta el grupo no para de alabarme, al mismo tiempo que destaca mi gran altura, imperceptible desde la cámara que nos ha presentado. Alguno de los miembros del equipo se levanta para saludar, otros no están en condiciones de hacerlo por las botellas a su alrededor, así que me presento en la distancia y ocupo el sitio al lado del director, que no para de hablar y hacer comentarios inapropiados sobre todos y todo. Su presencia ameniza el resto del atardecer, donde tengo tiempo de comer algo sólido y caliente escuchando a los compañeros que por fin puedo poner cara. Los reflejos del sol en el agua del lago no tardan en captar mi atención, convirtiendo la conversación en un susurro y centrando toda mi atención en los ajustes de la cámara del móvil para inmortalizar los colores. Sé que son los que necesito para la escena que he esbozado en el avión, puedo ver la danza anaranjada de la secuencia como si estuviera sumergida dentro del agua. A esta ensoñación se suma de repente el fragmento de la melodía que acompaña a la historia, y saliendo de mi mente me doy cuenta de que un chico rasga una guitarra a mi lado con los mismos acordes. Levanto la mirada de la pantalla para descubrir al compositor, que tantas preguntas necesito hacer, pero no me sale ninguna palabra. Mis ojos recorren su rostro, sus manos, y como si pudiese leerme la mente, se mueve el cuello de la camiseta para dejar entrever las formas geométricas de una mamá osa y sus oseznos. Sonrío, lloro e intento alcanzarle, todo a la vez, solo consiguiendo acariciar las cuerdas de una guitarra que reconocería en cualquier lugar. Tiene que ser él el que la aparte para abrazarnos y susurrarme un gracias que le devuelvo con la misma intensidad. Me alegro de haber mantenido la esperanza, la certeza de que el arte volvería a unirnos como también nos salvó.